

Adiós Samuel Finkielman

Recuerdo un librito de tapas verdes con Finkielman como coautor sobre hipertensión arterial que consultamos siendo estudiantes; después lo conocí integrando un laboratorio reconocido en angiotensina e hipertensión arterial, con publicaciones en importantes revistas y en la formación de numerosos becarios. Ahora, ha muerto en el Instituto Lanari del que formaba parte desde 1960, y recuerdo y extrañaré:

El aroma del tabaco de su pipa, no siempre bien tolerado, y verlo comer un pedacito de pan guardado en su mano.

Su presencia en el consultorio atendiendo a sus pacientes a los que seguía desde hacía mucho tiempo, como en una conversación entre viejos conocidos.

Su gran cultura, su librito en el bolsillo del guardapolvo, la lectura del *Buenos Aires Herald*, sus recomendaciones literarias y su cautela ante las nuevas terapéuticas. Su participación en los ateneos anátomo-patológicos de los viernes, congresos y conferencias, en comidas compartidas. Sus cambiantes fases, llevaron a que el Dr. Croxatto lo apodara "el *mujik* ilustrado" o "el *mujik* enojado", enojo que se desvanecía pronto. Su manera de analizar un tema, seguido de un silencio de pocos segundos y el preciso remate.

Verlo llegar al Lanari en el auto que conducía su esposa, siempre con saco abotonado, aun en pleno verano, su

simpatía por San Lorenzo de Almagro y su casa llena de libros a la que me abrió sus puertas en numerosas ocasiones para compartir con otros amigos amables tertulias.

Sus comentarios escritos con preciosa caligrafía en los sobres de los manuscritos enviados a la revista Medicina y los consecuentes reclamos de la secretaria por esto. Para escribir, Finkielman rechazaba la máquina mecánica o eléctrica o la computadora y recién hacía pocos años que había comenzado a intimar con internet.

Una historia judía como las que solía contar. Oscurece, es tiempo de reunirse en el templo del pueblo y el rabino no aparece. La primera estrella está plena y los fieles nerviosos por su tardanza vuelven sobre los pasos que el rabino solía dar en su trayecto al templo hasta que escuchan su voz dentro de una casa, arrullando a un niño. Cuando le preguntaron por qué no había ido al templo contestó que los padres de la criatura habían salido presurosos hacia el templo y el niño lloraba cuando justo pasaba; era más importante consolar al niño que officiar la ceremonia. No sé de dónde viene esa historia pero la reflexión es sabia.

Se fue Finkielman y con él una parte de la historia del Lanari y de la mía también. Chau Finki!

Basilio A. Kotsias

e-mail: kotsias@retina.ar